

África parceira do Brasil atlântico. Relações internacionais do Brasil e da África no início do século XXI

José Flavio Sombra Saraiva
Editora Fino Traço, Belo Horizonte
Brasília, 2012. 166 páginas

Los ocho años durante los cuales Luiz Inácio Lula da Silva ocupó la Presidencia de Brasil serán recordados como un periodo de avances en la lucha contra la pobreza, de impulso al crecimiento económico con inclusión social y de reconocimiento de la emergencia global del país sudamericano. Pero será también una época rememorada por el activismo brasileño a favor del desarrollo internacional y por la prioridad otorgada a la constitución de un eje Sur-Sur como rasgo central de su política exterior. Una aproximación a otros países en desarrollo que se materializó en un amplio abanico de relaciones político-diplomáticas y articulaciones multilaterales en coaliciones de geometría variable, en una diversificada gama de intercambios comerciales e inversiones en esos países y en la puesta en marcha de iniciativas de cooperación en el ámbito técnico, científico, financiero o de la ayuda humanitaria.

De todas las regiones del mundo, el continente africano fue, después de Sudamérica, el principal objetivo de la diplomacia presidencial de Lula entre los países en desarrollo. En efecto, como nos recuerda el autor de este apasionante libro, el profesor José Flavio Sombra Saraiva de la Universidad de Brasilia, Lula pasó 55 días de sus dos mandatos presidenciales en tierras africanas, en un total de 28 viajes que buscaron hacer del continente negro un socio del Brasil atlántico.

No significa que antes de 2003, Brasil no tuviera una política exterior hacia los países del otro lado del Atlántico Sur. Sin embargo, la oscilación pendular, los movimientos espasmódicos de ida y vuelta, las vacilaciones e inercias del pasado colonial portugués y las condiciones estructurales del poder internacional limitaron la acción político-diplomática y comercial hacia el continente africano. Tanto o más que las visiones paternalistas, culturalistas e ingenuas que, con intencionalidad política o sin ella, fueron construidas por las elites brasileñas en su relación con África desde su Independencia de Portugal en 1822. Hubo que esperar hasta 1961, con la implementación de la Política Exterior Independiente, durante el breve gobierno de Joao Goulart, y con el cambio en las orientaciones externas de los gobiernos militares, ya avanzados los

años setenta del siglo XX, para que los países del Atlántico Sur y los Países Africanos de Lengua Portuguesa se convirtieran primero en importantes socios y, ya en el siglo XXI, en uno de los frentes prioritarios de la agenda internacional de Brasil.

Pues bien, a desentrañar los misterios de las relaciones entre los países africanos y Brasil se dedica la obra del profesor Saraiva que combina para ello, en su justa medida, los factores históricos, culturales, políticos y económicos. Por otra parte, el libro enfatiza los aspectos vinculados al desarrollo africano y a las contribuciones que Brasil viene realizando en la última década por medio de las inversiones y los flujos comerciales, la ayuda financiera o la cooperación técnica en su dimensión bilateral Sur-Sur, multilateral o triangular (Sur-Sur-Norte). Como se nos muestra a las claras, no sólo China ha aumentado exponencialmente su presencia en África. También lo está haciendo Brasil, en una escala todavía modesta es cierto y con características y perfiles menos agresivos, quizás fomentando más la apropiación de sus socios africanos en bases horizontales, sin renunciar por ello a los legítimos objetivos e intereses nacionales en una relación mutuamente beneficiosa.

El libro se organiza en una introducción, cinco capítulos centrales, unas conclusiones y unos anexos documentales y bibliográficos.

La introducción presenta la historia de las interacciones africano-brasileñas y el papel que los países del África Atlántica ocuparon en la formación de la sociedad y la economía de Brasil. El autor nos explica que la esclavitud de africanos durante el periodo colonial hasta su abolición en 1889, durante el reinado de D. Pedro II de Brasil, ya disfrutando de la Independencia de Lisboa, fue una de las “bases sociales desiguales de la organización del Estado imperial en el siglo XIX”. En adelante, África permaneció en “la identidad y la hipocresía histórica de las elites” y fue necesario inventar un lugar ambiguo para “las Áfricas que quedaron en Brasil”. La “Republica Velha” (1889-1930) defendió el “emblanquecimiento” y algunos intelectuales, a partir de la década de 1940, contribuyeron a la afirmación de un discurso culturalista que, si bien reconocía la fuerza de la presencia africana en la formación social brasileña, construía estereotipos a partir de la “afinidad natural” entre Brasil y África con conceptos como el “luso-tropicalismo” del antropólogo y sociólogo Gilberto Freyre.

El primer capítulo aborda las idas y venidas de las relaciones internacionales de Brasil con África en el siglo XX. Desde la insignificancia de las mismas en la década de los treinta hasta su renacimiento en la década de los sesenta como consecuencia natural de los procesos de independencia de la mayoría de los

países africanos entre 1957 y 1960. La creación en el Ministerio de Exteriores de Brasil de una División de África, en 1961, y el establecimiento de las primeras embajadas en Ghana, Senegal y Nigeria, junto con el nombramiento de Raymundo de Souza, el primer embajador negro en la historia brasileña, para ocupar el puesto de Accra, fueron expresiones de un cambio de actitud.

A partir del mensaje del Presidente Quadros al Congreso Nacional, el 15 de marzo de 1961, “el Atlántico Sur se hizo más brasileño, definiendo la nueva política exterior de Brasil como un instrumento contra el colonialismo y el racismo y subrayando el apoyo al principio de autodeterminación de los pueblos de África” (p. 36). La quiebra constitucional con el golpe de 1964 interrumpió ese primer movimiento de fuerte intensidad orientado a reubicar a los países africanos en el lugar que les correspondía en la política exterior de Brasil. Sin embargo, los gobiernos militares retomaron ese impulso, a partir de 1969, como parte de su proyecto de “modernización conservadora” y con el reconocimiento de la independencia de Angola, en 1975, finalizaron la práctica de alinearse automáticamente con Portugal en la discusión de sus intereses coloniales.

Los años noventa fueron tiempo de silencio en lo referente a las relaciones africano-brasileñas, como consecuencia las orientaciones de política exterior de los sucesivos gobiernos de Brasilia, si bien debe registrarse la adhesión del país a la constitución de la Comunidad de Países de Lengua Portuguesa (CPLP), en 1996.

Los capítulos segundo y tercero se dedican a recorrer y analizar las vicisitudes de África en las relaciones internacionales del siglo XXI y el retorno del concepto de “renacimiento africano” así como los esfuerzos del continente por buscar un lugar positivo en un orden mundial caracterizado por formas de “gobernanza sincrética”. El autor nos propone revisar los lugares comunes, tópicos e imágenes negativas de pobreza, indolencia e incapacidad social para entender el contexto de la elevación de África en la sociedad internacional del siglo XXI. El ejemplo de Mozambique, las experiencias en marcha del NEPAD (*New Partnership for Africa's Development*) en la búsqueda de una emancipación liberadora que haga de África un lugar para los africanos, la política de la administración Obama hacia la región o la ofensiva china son realidades presentes que, de manera amena, con muchos ejemplos y gran dominio de la Historia, la Economía y las Relaciones Internacionales, nos sitúan ante una obra muy detallista, magníficamente engarzada y perfectamente desarrollada.

El capítulo cuatro incursiona en el cambio que se produce con la llegada de Lula al poder y en el proceso de recuperación de la relación de Brasil con la

nueva África atlántica. Se remarcan las diferencias con la política africana del pasado y se enfatizan los elementos de ruptura con el asistencialismo internacional, “disfrazado en las varias formas existentes de cooperación técnica a la moda antigua”, manifestando su presencia en la reconstitución de la infraestructura logística y productiva del continente. Brasil, con su cooperación en los países africanos estaría explorando una “dimensión ciudadana y de conocimiento”, a través de los programas de combate al SIDA de la Fundación Oswaldo Cruz (FIOCRUZ), de desarrollo agrícola de la Empresa Brasileña de Investigación Agropecuaria (EMBRAPA) o del impulso a las pequeñas y medianas empresas gracias a la labor del Servicio Brasileño de Apoyo a las Micro y Pequeñas Empresas (SEBRAE) entre otras (p.100).

Esta dimensión cooperativa se complementa con el trabajo de la diplomacia de Brasil con África en el sistema internacional, al objeto de generar coaliciones Sur-Sur en torno a intereses compartidos en terrenos como el acceso común de los respectivos productos agrícolas a los mercados de los países desarrollados, la construcción de un frente único en las diferentes negociaciones internacionales o el apoyo a las candidaturas para la dirección de organismos internacionales, tal y como sucedió con el decisivo referendo africano a la elección de José Graziano da Silva a la FAO, en junio de 2011, un claro ejemplo de la articulación africano-brasileña.

En el capítulo quinto se examina el tránsito de la africanidad cultural al atlantismo pragmático puesto en marcha por Brasil en la última década, una de cuyas principales manifestaciones es la revitalización de la CPLP y su utilización por la diplomacia brasileña como plataforma de operaciones. Este cambio se ha operado también en el nivel discursivo, en la medida que la idea de la existencia de una comunidad cultural y lingüística luso-afro-brasileña ha sido sustituida por la “recuperación histórica de la deuda con África”, es decir, en el reconocimiento de la culpa histórica por la esclavitud. De esta manera, la CPLP emerge como el espacio natural para afianzar el relanzamiento de una verdadera política africana de Brasil, “después de una década de relativo desinterés por los asuntos africanos” (p. 124).

En las conclusiones el autor es categórico: “Brasil en África debe ser el refuerzo de la democracia, de la sustitución de los viejos regímenes de poder, de la ciudadanía, del desarrollo sostenible, de las coaliciones al Sur que permiten la elevación gradual del nivel de las antiguas naciones pobres” (p. 128). Si bien es cierto que existen legítimos intereses políticos, económicos y comerciales en el acercamiento de Brasil al continente africano, no es menos verdadero que la experiencia de país todavía en fase de desarrollo aporta sensibilidades diferentes y prácticas alternativas, que deberán ser acompañadas

no sólo de discursos y si de realidades concretas. Muchas de las resistencias a este acercamiento vinieron de sectores sociales y políticos de Brasil que continúan cargando ciertos prejuicios y se obstinan en afirmar que poco pueden aportar los países africanos al desarrollo brasileño. Afortunadamente, esas desconfianzas van siendo superadas y, hoy, África es una “parceira” clave en las estrategias internacionales de las empresas y los organismos públicos brasileños.

Bruno Ayllón Pino

Obras recibidas

Marcellesi, Florent (coord.) (2012), *Guía práctica para la transformación ecológica de la cooperación al desarrollo*. Bakeaz, Bilbao. Disponible en: http://pdf.bakeaz.efaber.net/publication/full_text/438/Guia_practica_coop_eco_cast.pdf